

Por
olvidarte



OMCOURTLY

Por Olvidarte

O. M. Courtly (Osmary Morales)

Copyright 2018 Osmary Morales

Todos los derechos Reservados

This ebook is licensed for your personal enjoyment only. This ebook may not be re-sold or given away to other people. If you would like to share this book with another person, please purchase an additional copy for each recipient. If you're reading this book and did not purchase it, or it was not purchased for your use only, then please return to your favorite ebook retailer and purchase your own copy. Thank you for respecting the hard work of this author.

Contenido

[I. Quédate Conmigo.](#)

[II. Confía en mí.](#)

[III. Tú, quédate.](#)

I. Quédate conmigo.

Los nervios me atacan justo como ese día que lo conocí, rio como demente por lo que estoy a punto de hacer intentando olvidarlo y resulta que él es lo primero que cruza por mi cabeza, revivo a cada segundo las sensaciones de tenerlo a mi lado: la euforia al tocarlo, la excitación que producen en mí sus caricias, el miedo de perderlo... de ya no volver a sentir que es mío que debería ser igual al miedo de perderme a mí misma en este trayecto; pero en realidad solo pienso en él. Sin poder evitarlo la melancolía invade y desecha el rumbo de mis pensamientos de emoción, y todo lo que pensé que lograría al hacer esta estupidez se desvanece con el viento que golpea mi cara y ese rostro suyo tan perfecto que tanto anhelo volver a ver.

Así que lo hago, ya no hay miedo... quizá desee que no funcione, que el mecanismo de seguridad que abraza mi pecho y mis piernas se desvanezca como el entusiasmo que tenía antes de embarcarme en esta jugada y que el muy idiota que ya no está conmigo se pusiera delante de mí para no poder disfrutar de nada. Suelto los tubos de acero de la baranda detrás de mí, inmediatamente cierro mis ojos y me agarro fuerte de las correas pegadas en las bases de mis brazos y que apretujan mis generosos pechos haciendo que inconscientemente escenas de él haciéndome suya nublen mi vista mientras mis pies que ya no pueden mantenerse erguidos sobre la base angosta del puente desequilibren todo mi cuerpo. Y entonces lo escucho, detrás de mí justo en mi oído:

—Disfrútalo al máximo amor —me dice con esa voz rasposa que eriza mi piel—, que después quiero sentir toda tu adrenalina en tus caderas sobre mí, ¿sí? —Agrega para sentirme viva de nuevo, volteo para poder verlo y compartir con nuestras miradas la excitación; es él el hombre que me hace sucumbir en pasión y amor pero mis pies no pueden sostenerme más y sin alcanzar verle me dejo caer al vacío, que la gravedad haga su efecto, sin miedo y con la esperanza de que todo salga mal, o de que lo que acabo de escuchar sea real.

La presión en mis entrañas es turbadora, todo lo que contiene mi piel dentro parece querer salir y no consigue por dónde lograrlo; la adrenalina es palpable y en solo segundos puedo sentir una mezcla de sensaciones

fantásticas y aterradoras a la vez, miedo de morir, de caer sobre las piedras del río y que mi cuerpo se quiebre aunque así quizá lo vea de nuevo, ¡no! Él está aquí y espera por mí.

Mi cuerpo colgando de cabeza se balancea a solo metros del río, sonrío sin poder evitarlo. La impresión que me ha dejado el saltar en bungee, a pesar del motivo porque lo hago, ha sido fabulosa; creer morir a lo largo de la caída hizo que fueran los segundos más largos que haya sentido. En definitiva tengo que volver hacerlo, espero ansiosa que venga el pequeño bote por mí deseando que me quiten todo el entramado de ligas y correas que me envuelven para llegar de nuevo allá arriba y verlo otra vez.

Mis ojos buscan el cielo pero el brillo del sol oculta los rostros que curiosos observan hacia nosotros, mis nervios empiezan a atacarme otra vez; pongo mi mano sobre mi frente evitando un poco la luz para distinguir aquellos ojos verdes que necesito ver y antes me dejaron tirada a la distancia. Tres pares de manos trabajan en mí removiendo las correas para dejar la cuerda elástica libre para el próximo a lanzarse.

—Yo... —Empiezo hablar pero las palabras cuestan salir de mi garganta, el sol me hace daño en los ojos por lo que me aferro a lo que quiero ahora, los miro—. Yo, necesito ir arriba, por favor dense prisa.

—A la mayoría les aterrera volver hacerlo —me dice uno de los chicos del grupo de salto creyendo que mi prioridad es saltar de nuevo—, creen que las probabilidades de que la cuerda se reviente son más altas o más bien están seguros que morirán en el segundo intento —Añade riendo con sus compañeros.

Mi nerviosismo se hace visible pues no me causa gracia lo que dicen, no me importa lo que dicen quiero que me saquen de aquí y poder ir arriba; varios hilos de sudor caen desde mi frente.

—Sí que está ansiosa —dice otro de ellos al ver mi expresión desesperada.

—¡En verdad necesito ir allá, ahora! —Les informo mientras mi actitud se vuelve triste.

Me miran extrañados, no dicen más y finalmente me dejan libre. Solo que el bote no se mueve.

»¿Qué están esperando? —pregunto, y se miran entre sí; a lo que yo respondo con una expresión interrogante exigiendo una respuesta.

—Solo han saltado dos, tú y esa chica —dice señalando a la mujer en la parte alta del bote que abraza sus piernas.

—¿Y eso qué? —Sigo preguntando ya que su respuesta no me ayudó en absoluto.

—Linda, debes esperar que salten al menos dos más. Se consume mucho combustible yendo y viniendo cada vez que salte uno. Pero tranquila, la espera valdrá la pena.

—¡No! No puedo esperar.

La ansiedad se adueña de mí, mi respiración se acelera y lo busco en la altura. Trago la saliva que se acumula en mi boca que ya era bastante, golpeo incesantemente mi muslo derecho con mi mano y lo veo. Hincado sobre las barandas está él animándome a ir a su lado, su cabello hasta los hombros —hombros anchos que tanto adoro arropar— juegan con el fuerte viento, su amplia sonrisa brilla desde lo alto calmándome, haciéndome saber que me espera.

Una pareja se lanza pegados el uno al otro. Nosotros podríamos hacerlo juntos; sonrío mientras el tiempo pasa acercándome más a mi amor, quien tanto he extrañado, siete meses no han sido suficientes para olvidarlo, para dejar de sentir esa necesidad innegable de abrazarle, tocarle. Sus manos aunque por largo tiempo no me han tocado solo cerrando mis ojos me han hecho explotar tantas veces, solo poner su presencia en mi mente me ha hecho sentirlo a mi lado porque nadie más podría ocupar ese lugar. Nunca. Aunque al abrir los ojos siempre me siento tan miserable porque él ya no existe en mi vida, porque pensarlo no lo hace estar a mi lado realmente y no es soledad lo que siento dentro; estar sola o con un millón de personas alrededor me importa poco, solo lo quiero a él allí.

Y ahora está tan cerca.

El bote finalmente empieza andar hasta la orilla a unos trecientos metros de donde estábamos en la parte más profunda del río. Soy la primera en bajarme a toda prisa; ataco los escalones de barro de dos en dos para llegar arriba, un

par de veces me resbalo y consigo un golpe en el brazo pero no me importa. El corazón ha tomado vida propia y bombea como nunca antes la sangre a mi cuerpo, siento corriente en cada una de mis extremidades, o la sangre recorre mis venas a gran velocidad o simplemente se ha detenido pero yo no me detengo.

Corro tomando ya el puente hasta la aglomeración de personas esperando su turno para lanzarse o quienes solo son espectadores. Me pierdo tropezando con uno y otro buscándolo, no lo encuentro, lo busco dirigiendo mi vista de un lado a otro, giro sobre mí misma, me extiendo sobre las barandas, sé que está aquí, era él, pero ¡no! No lo encuentro. Marba me toma por los hombros y me abraza.

—¡Eso fue grandioso, Al! ¿Cómo estuvo? Por Dios yo no puedo. ¡No puedo!
—grita mi amiga emocionada por el salto que acabo de dar, aun así yo no tengo expresión alguna; solo tengo mi respiración agitada y ese sentimiento profundo de haberlo perdido otra vez—. ¿Qué sucede? ¿Qué pasó? — pregunta preocupada.

El llanto llega y el dolor tan fuerte que sentí hace siete meses vuelve aún más fuerte, ni siquiera puedo estar de pie.

—Lo perdí Marb, lo perdí otra vez —le digo a mi amiga casi inaudible.

—¡No, Al! —Me regaña mientras me abraza y caemos ambas con nuestras rodillas sobre el asfalto caliente—. No lo perdiste Al, él ya se fue, ¡por Dios! Ya acéptalo, no puedes seguir así, no puedes.

—Pero yo lo vi Marb, ¡lo vi! Él está aquí.

—¡Ya basta!

Mi amiga me mira con tristeza y molestia a la vez, está harta de mí, de mi depresión, de no dejarlo ir. Probablemente esté perdiendo la cabeza, mi mirada se pierde en una lejanía invisible que me hace verlo, es él.

—Pero, míralo Marb —le digo señalándolo—, es él —Agrego emocionada, nos levantamos, ella se gira para ver a donde le indico y como yo se queda pasmada.

Él me mira como si no me conociera, aun así me da esa sonrisa de lado que

tanto me derrite, me acerco a él saboreando cada instante, cada paso ¿es una visión? De frente uno al otro a solo centímetros, paso mis brazos por su espalda, es el éxtasis posar mi mejilla sobre su pecho desnudo mientras él me rodea con sus brazos, las lágrimas brotan de mí tan fácilmente, saco uno de mis brazos y rodeo su nuca acercando —a pesar de la altura— su cabeza a la mía. Su calor me enciende, quiero adherirme a él y nunca separarnos, aunque él no lo deseara así, soy una egoísta, lo soy.

—Pensé que nunca volvería a verte —le digo con la voz quebrada y antes de que pueda decir algo que me haga hundirme de nuevo en mi oscuridad, pongo mi mano sobre su rostro, pasando mi pulgar sobre sus labios para que no salga nada de su perfecta boca.

Su olor me embarga por completo, estoy en el cielo; sus ojos verdes me devuelven una mirada deseosa de mí y agradecida por no ser rechazada, por no estar soñando nuestros rostros se tocan, se acarician mutuamente queriendo encontrar esos pedazos de carne queriendo morderlos, queriendo besarlos. Mi boca se abre levemente por instinto para besar su mejilla. Nuestros ojos se cierran por el frenesí que provoca el choque de nuestros labios, automáticamente mi garganta genera gemidos que parecen de dolor al tiempo que mi rostro se arruga, pero no, no es dolor, es un inmenso placer; el placer de tenerlo aquí entero conmigo, frente a mí, entregado.

Sus manos pasean por mi espalda apretándome más a él. Sin importar todas las personas a nuestro alrededor, nuestro beso se vuelve más apasionado, deja un rastro con su boca desde el extremo de mis labios pasando por mi mentón hasta mi cuello. Yo enredo mis dedos en su cabello apretando para sentirlo más y más. Estamos en otro mundo, uno en que solo existimos él y yo, donde nadie nos mira donde nadie nos detiene, donde él me ama donde yo lo amo infinitamente.

Siento el calor de sus manos adentrándose a mi espalda desnuda debajo de la camisa que me cubre y deseo desaparecerla; desaparecer todo lo que nos cubre para ser solo los dos. Su mano ahora me libera de la presión de mi pequeño sostén negro —negro como toda mi ropa, como mi alma— haciendo que mi piel se erice por completo, deseando que pase esas manos por cada centímetro de mi cuerpo. Lleva su brazo hasta mi nuca levantando la camisa para controlar los movimientos de mi rostro para hacerme recibir su lengua

dentro de mi boca y yo no me quejo, mi rostro sé que parece adolorido porque todo lo que siento me duele; me duele no haberle tenido todo este tiempo que tanta presión en mi pecho provoca un miedo incesante de que vuelva a desaparecer.

Me encanta todo lo que me hace con sus manos, el tacto entre ellas y mi piel... solo sonrío ahora porque este dolor me complace inmensamente. Sus manos se acomodan sobre mi trasero escondido debajo de un pequeño short, puedo sentir su excitación al apretarme contra su cuerpo, su dureza hace que me excite aún más. Acercó mis labios a su oreja y beso su lóbulo para potenciar la llama que arde entre los dos.

—A solas podríamos hacer mucho más —Susurro a su oído, provocando una sonrisa en mi oído que me enciende.

Me separo un poco de él y volteo para ver si mi amiga aún está cerca, y efectivamente lo está, al parecer bastante sorprendida con sus ojos engrandecidos y la boca entre abierta. Me hace una seña que dice sin palabras "¿Qué coño estás haciendo?" que luego cambia por una enorme sonrisa y me muestra sus pulgares arriba.

Agradecida le sonrío de vuelta. Al tiempo que aquella voz rasposa pero lejos de ser la que tanto amo dice:

—Salgamos de aquí.

Me giro inmediatamente y desconozco por completo al hombre que me mantiene entre sus brazos.

—¿Qué...? —Intento preguntar pero la excitación al igual que las palabras se han consumido por completo. ¿Qué acabo de hacer? ¿Quién es este hombre?

II. Confía en mí.

—¿Qué sucede? —pregunta algo preocupado por mi reacción defensiva hacia él, alejándose como si no acabáramos de tener una cuasi faena en medio de toda esta gente.

Me estoy volviendo loca, no sé qué pasa ya conmigo. Hace unos segundos era él, mi amor, mi amante, mi vida, y al voltearme dejó de serlo. Sus rasgos empezaron a ser diferentes, su cabello largo como el de él pero más oscuro, sus ojos ya no tan verdes más bien color miel, sus músculos más definidos... mejor trabajados. Sus manos no tan grandes, sonrisa perfecta pero no la de él.

—Perdón —le respondo bajando la mirada avergonzada.

Él se acerca y pasea sus manos desde la parte de atrás de mis hombros hasta mis antebrazos, dejándolos allí.

—Está bien, tranquila. No tienes que hacer nada que no quieras —me tranquiliza con esas palabras, igual mi cara se cae de la pena, yo pensé que era... ya no importa en realidad, estoy perdiendo la cabeza—, pensé... bueno, pues por lo que acabas de hacer... yo...

Detengo su discurso que no tiene rumbo con un dedo sobre sus labios, es increíble como hace que lo recuerde, su altura, su forma de hablar, tan ardiente y a la vez amable y comprensivo, al menos lo que he visto hasta ahora.

Traerlo de vuelta está consiguiendo que pierda mi esencia, que deje de creer en mí misma por creer en algo que ya acabó... que no volverá. Mis esperanzas absurdas brotan en momentos de debilidad como ahora. Necesito olvidarlo, pero ¿cómo? Si intentándolo no hago más que recordarlo.

—Te entiendo, perdóname. Yo... no me creerías si te lo dijera —Fracaso en explicar.

—Entonces no digas nada. ¿Qué es lo que quieres en realidad? —pregunta con cara de profesor intentando conseguir en su alumno una resolución, una conclusión válida de todo lo que haya explicado en su clase. Quiere con su mirada que yo vea una salida en él.

Me giro y veo de nuevo a Marb quien me alienta a ir con él. Aun así quiero hablar con ella por lo que acaba de pasarme.

—¿Me das unos segundos? —Le pido.

—Los que quieras, pero... —dice, dejando lo último al aire.

—¿Pero?

—Promete que no te alejarás hoy de mí —Me exige prácticamente, haciéndome reír y lo agradezco.

Pensándolo mejor creo que no debo consultar nada con Marb. Sé que igual se molestaría si lo supiera. Ya ha sido demasiado comprensiva conmigo todo este tiempo, debería darle un descanso, de hecho debería darle un descanso también a mi cabeza y por primera vez en siete meses veo una oportunidad para hacerlo. Y ¿por qué no, con alguien que se parece tanto a él? Todo lo que acabo de sentir me hizo creer que puedo volver a vivir una experiencia tan intensa como la que alguna vez tuve, aunque demasiado mal al creer que era alguien más. No, no puedo. Esto está mal.

Mi negativa pudo ser visible, por lo que el extraño —que besa delicioso— me toma por las manos y me insta a seguirle. Yo dudosa niego y me asusto también, gracias a Dios hay un tumulto de gente aquí.

—Hey, hey. Tranquila. Ven conmigo.

Me da la espalda sin soltar una de mis manos; estoy en un conflicto interno conmigo misma, ¿me dejo llevar? ¿Lo rechazo y me alejo para volver con mis intentos extraños de olvidarle?

Para cuando reacciona mi conciencia de mi alrededor hemos caminado hasta llegar al final de puente.

»Quiero mostrarte un lugar, son solo unos cuantos metros a la orilla del río — Me explica divertido—, y por favor relájate, puedo sentir tu tensión y no quiero contagiarme.

Sonrío y muerdo mi labio inferior, la duda me carcome, mi inseguridad de mierda no me deja avanzar. Me ciego por completo pensando y me despierta con un beso en los labios deshaciendo el nudo con el que tenía mi labio atrapado. Hace que mi corazón se acelere de la impresión y un escalofrío

recorra mi espalda. Me despego de él tan rápido como puedo.

—Oye, no... no hagas eso —Le advierto pero fracaso totalmente en el intento, su mirada mostrando intenciones de volver hacerlo es divertida e inquietante; se lanza de nuevo hacia mí pero esta vez solo es un pequeño roce de labios que me hace cerrar los ojos.

—¿No vuelvo hacerlo? —pregunta a una mínima distancia de mí y con su boca casi pegada a la mía, sin darme cuenta ya estaba abrazada a él.

Niego con la cabeza, taciturna y pasando la lengua por los labios.

—Está bien, no lo haré más —me informa con media sonrisa para continuar caminando sin soltar mi mano.

Esta vez me dejo llevar.

El trayecto es corto, aun se puede ver el puente y a aquellos que saltan desde lo alto.

—¿Por qué estás aquí hoy? —pregunta.

—Para olvidar —respondo bastante seca.

—Ok. Tampoco preguntaré más.

Ya lo suficientemente lejos del puente para no ser vistos, supongo, se detiene. Sin embargo me sorprende el lugar al que hemos llegado, la vegetación es muy diferente, no se distingue la orilla del río y solo se puede atravesar introduciéndonos al agua, lo cual hacemos, aunque no con la intención de cruzarlo.

Me invita a acompañarle a unos ocho metros de la orilla.

—¿No es muy profundo?

—Confía en mí.

Me pego a su brazo y cuando el agua alcanza mis costillas siento las piedras acumularse en lo profundo, subimos hasta alcanzar rocas de gran tamaño pero invisibles para quien sea. Es fantástica la vista. Nos sentamos sobre ellas con vista al puente, es increíble y... relajante. Él se lanza al otro lado de las rocas asustándome con esa acción, se sumerge hasta solo verlo desde sus clavículas para arriba.

—Pero ¿qué estás haciendo? —pregunto asustada—. Si la corriente te jala te puedes ahogar ¿estás loco?

—Ven aquí conmigo —me pide.

—Ah no, eso no lo voy hacer.

—Acabas de saltar en bungee, y quieres olvidar... ¿Qué haces tú? Ven aquí.

Es frustrante ver como con palabras me controla.

—No quiero morir. En serio —le respondo, está demente.

—No te va pasar nada, no dejaré que nada te pase. Ven.

Oh Dios, me está convenciendo, en verdad estoy loca. Veo hacia el puente, aquí nadie nos ve. ¡Mierda! Lo haré.

Me ofrece su mano, yo le doy la mía, me dejo caer hundiéndome en el temor que me produce el peligro; pero yo solo río, me abrazo a él sosteniéndome de sus brazos. Me sumerjo para encontrar el fondo, inmediatamente salgo, un ataque de risa se apodera de mí.

—Por Dios no alcanzo a llegar el suelo, la corriente no me deja —le digo impresionada. Él también ríe ahora.

Mi boca empieza a temblar por el frío o por ¿nervios? El agua está helada pero soportable. Mi extraño me abraza con esos grandes brazos que hacen que me sienta protegida, con su peso la corriente es solo una brisa a través de nosotros.

Toma mi cuello con una de sus manos e intenta exitosamente lo que antes pedí no volviera hacer y que muy dentro de mí pedía a gritos que ya lo hiciera. Me come la boca como yo la de él, su boca es perfecta, toca los puntos que despiertan otros puntos de mi cuerpo; sus manos juegan con mi piel dentro del agua; yo me sostengo de su cuello levantándome hasta abrazar su torso con mis piernas y dejar mi rostro a la altura del suyo.

Pega mi espalda a una de las rocas, y nosotros pegamos nuestras frentes dejando las miradas puestas una a la otra. Pierdo mis manos entre su cabellera mientras le dejo un reguero de besos en su rostro expresivo de deseo, deseo hacia mí. Hacia esta desconocida para él, desconocida para mí. Quizá encuentre de nuevo quien soy, quien fui.

Aleja mi rostro del de él para verme mejor y yo tener una vista perfecta de sus ojos llenos de lujuria. Salta a mi cuello atrapándolo con sus manos y su boca, yo extasiada dejo caer mi cabeza hacia atrás para darle más área de gozo, mientras él recorre mi piel con su boca. Se enfrasca en mis clavículas con sus labios, pasa su pulgar por mi cuello queriendo sentir mi pulso tan acelerado y fuerte que mis venas parecen querer explotar. Mi camisa que apenas tiene un botón anclado se suelta sin forzarlo demasiado por la presión al abrirla para tener una mejor visión de mí. Pasa su mano desde mi mentón por todo el centro de mí rozando mi cuello, mi pecho, mis costillas, mi abdomen hasta llegar encima de mi monte de venus.

Me quito ese pedazo de camisa que tanto me molesta, sin preocuparme de dónde vaya a parar con la corriente; mi sostén que ya había sido abierto anteriormente queda libre. Él toma una tira desde mi hombro acariciando al tiempo mi piel y lo baja poco a poco hasta sacarla por mi brazo dejándolo colgado del otro lado. Mis pechos más pequeños que nunca por el frío y la excitación se muestran ante él, quien arremete contra ellos con suavidad; toma uno con su mano y dirige su boca a él haciéndome sentir una corriente que va desde mi espalda hasta la planta de los pies.

La última vez que me sentí así... ahora qué importa realmente.

Llevo mis manos a su rostro porque deseo ver sus ojos; él parece saber lo que quiero dándome esa mirada tan intensa que me quema, me hacer arder, ahora solo pienso en disfrutar. Llegar al clímax, ese punto divino al que solo aquel quien ya se marchó me ha hecho llegar y jamás volverá a hacerlo.

Anhelo fundirme a este hombre, que aun siendo un extraño, le deseo demasiado. Expuesta ante él se pega más a mí para besarme hasta el alma, nuestros pechos se tocan y yo logro sentir en el bajo vientre su miembro endurecido.

No me explico cómo podríamos terminar aquí haciendo lo que ambos deseamos: tenerlo dentro de mí y él adentrarse en mi fuente de deseo, que le pide a gritos a mi cerebro complacerle con ello. Mis manos curiosas también se apresuran a palpar su piel, sus músculos, mis brazos no alcanzan a cubrir por completo su espalda; por lo que se aventuran a ir más abajo e instarlo a apretarse más a mí.

Vuelven sus manos a mi rostro y con ojos húmedos me dice:

—Eres demasiado hermosa —Besa una de mis mejillas—, cada parte de ti —
Agrega para luego besar el otro lado de mi cara tan tiernamente—. Incluso
ese dolor que quieres sacar...—dice tocando con su dedo mi pecho, donde se
supone está el corazón—, te hace más hermosa —Sigue diciendo, pero esto
último me para en seco, ¿acaso lo excita mi vulnerabilidad? Además ¿qué
sabe él de mi dolor?

Detengo el juego que teníamos, dándose cuenta él del témpano de hielo en
que se ha convertido mi cuerpo mientras vuelvo a colocar mi ropa interior
superior.

»¿Qué pasa? —pregunta desconcertado.

—¿Te aprovechas de mí?

—¡Oye! —exclama molesto—. ¿Acaso estoy forzándote?

Mi cara entristecida y avergonzada la escondo de él, y antes de responderle
agrega:

—Shh. No digas nada, discúlpame. Imagino que tu corazón está bastante
dañado por obvias razones —me dice—, no pretendo aprovecharme de ti, de
hecho pensé... —continúa pero deja un silencio que me intriga.

—¿Pensaste...? —pregunto curiosa.

—Pues que yo me estaba dejando aprovechar de ti —confiesa con una ceja de
complicidad levantada.

Me hace reír cada vez más, me hace volver cuando parece que me pierdo.

»Tu sonrisa es hermosa —prosigue con sus halagos—, no la pierdas. Nadie
debe hacértela perder, tú lo mereces todo por esa sonrisa.

—Gracias —contesto sonrojada y profundamente agradecida.

—Es un idiota —sentencia.

—¿Cómo dices?

—Es un idiota ese que se atrevió a abandonarte.

Me enfurecen sus palabras.

—¡No es un idiota! —grito y sin pensarlo dos veces me subo de nuevo a las rocas para emprender el camino de vuelta al puente.

Mi extraño trata de detenerme tomando uno de mis brazos pero rápido y con fuerza me desprendo de él. Mientras me alejo me grita:

—¿Por qué lo defiendes?!

Me detengo, mi corazón se hace pequeño y las lágrimas brotan naturalmente de mis ojos al tener que recordármelo de nuevo. Me volteo con expresión triste y desconsolada y me dirijo a él.

—Él... él no me abandonó —le informo sin energías para seguir caminando.

—¿Qué? —me cuestiona.

—Él... murió.

III. Tú, quédate.

—¡Dios! Discúlpame, en verdad lo lamento, jamás pensé...

—No importa, no es tu culpa —respondo.

Sigo mi camino para estar de vuelta con mis amigos y olvidar no sólo a mi amor sino también lo que acaba de pasar con este extraño. ¿Qué mierda estaba pensando? Ni siquiera sé su nombre, ni él el mío, ¡Dios! ¿Qué iba hacer? Por olvidar lo inolvidable he estado dispuesta hasta poner mi vida en riesgo, buscar sensaciones que nunca antes había sentido. Pero nada ha podido compararse a su presencia, al efecto que él producía en mi vida... hasta ahora. Sentirme deseada ha hecho un leve cambio, sí, pequeño pero ha sido un cambio.

He sentido de nuevo un entusiasmo al estar con alguien más, que otro hombre me tenga en sus brazos y anhelar satisfacerlo tanto como esa persona a mí. Muy dentro una sonrisa honesta se abre paso, quizá esté empezando a sanar. Llevo mis dedos hasta mi boca para tocarme los labios y revivir lo que hace minutos sentí; que aunque quiera huir de ello fue... fue muy placentero.

Creo deberle una disculpa por mi desbordante actitud. Me detengo e intento volver a él para hacerlo... para disculparme pero prácticamente me golpeo con él, venía detrás de mí siguiendo mis pasos. Sin mediar palabras me abraza, un abrazo diferente a los anteriores. Un abrazo de comprensión que se alarga y yo no lo separo de mí.

Besa mi sien.

—Perdona, por favor, no puedo siquiera imaginar por lo que has pasado y hacer esto conmigo debió ser... difícil —me dice.

—Pues en realidad...—Empiezo diciendo algo dubitativa—, no fue tan difícil —Termino sonrojándome como siempre. Él sonríe.

—Entiendo que no se te haya hecho difícil de hacerlo, más bien me refería a la culpa que ahora debes sentir, que aunque no esté sientas que lo traicionas.

Este hombre puede leer mi alma, lo cual me desconcierta. Afirmando con mi cabeza pues no me sale una sola palabra de la boca.

»Está bien, todo está bien. Viendo el fuerte vínculo que aun parece tenerte atada a él, no creo que él quisiera que tú fueras infeliz aferrándote a alguien que, por lo que puedo percibir, se entregó por completo a ti. En realidad no lo has perdido... él siempre será tuyo.

Mi corazón se emociona con sus palabras, en definitiva no le es indiferente mi situación. Ha perdido también a alguien.

—Creo que estás siendo demasiado acertado, y me preocupa —le digo siendo amistosa.

—Mi madre —Contesta a la pregunta que no mencioné.

—Entiendo.

—Ven, te acompaño.

Me toma de la mano entrelazando sus dedos con los míos como si fuéramos una pareja, y la verdad me gusta mucho que lo haga. Por unos cuantos pasos vamos en silencio. ¿Es posible que este haya sido mi camino correcto? Que todas las circunstancias debían traerme a este preciso lugar y momento. Mi vida ha sido una montaña rusa de emociones desde que conocí a Daniell.

Diecinueve años y estábamos enamorados como niños sin poder despegarnos el uno del otro. Mis padres lo adoraban, fue simplemente el hombre perfecto: luchador como nadie, amante de la vida, desesperante en ciertos momentos con imperfecciones que lo hacían perfecto para mi imperfecta vida. Odiaba las injusticias y peleaba al lado de todo aquel que creyera que lo necesitara. Me mantuvo en cada uno de sus planes y él se incluía en cada uno de los míos. A pesar de elegir vidas opuestas profesionalmente siempre nos mantuvimos juntos y apoyándonos el uno al otro. Sin mencionar el éxtasis constante en el que nos manteníamos haciendo uso de nuestros cuerpos.

Era perfecto hasta que en una estúpida discusión decidió alejarse de mí, poniendo distancia para no perdernos, sin embargo media hora después de aquello me llamó por teléfono disculpándose al igual que yo lo hice, me pregonó amor eterno y que no podía esperar a verme de nuevo que no debió irse. Y en su trayecto de regreso ansiando vernos, sentirnos, un hombre se durmió manejando su gran camión de carga pasándose entonces una luz de alto y llevándose con él a mi Daniell.

Y entonces así, no te volví a ver. No pude tocarte más, no pude sentirte y no sé qué tanto tiempo sea suficiente para olvidarte Daniell, tal vez nunca lo haga, pero quizá aprenda a quererme y querer a alguien más tanto como te amo a ti. Dejar entrar a mi vida a otro hombre que no seas tú.

—¿Estás bien? —me pregunta mi extraño.

—Lo estoy —respondo con una sonrisa—, por cierto ¿Cuál es tu nombre? —Le pregunto y ambos reímos a carcajadas.

—Mucho gusto —me dice estrechando su mano, a lo cual yo le correspondo gustosa—, mi nombre es Sergio.

—Oh, lindo. Y el mío es Allie, pero puedes decirme Al.

—Es un inmenso placer conocerte, Al —me dice exagerando la cortesía—. ¿Al?

—Dime.

—Sé que apenas nos conocemos desde hace tres segundos, pero ¿puedo darte un beso?

¡Vaya! Sí que es atrevido.

—Puedes —le respondo, para iniciar un nuevo camino que no tengo idea de dónde llegará pero pienso disfrutar.

Fin

###

Gracias por leer mi libro. Si lo disfrutaste, ¿Tomarías por favor un momento para dejar tu opinión en tu proveedor de libros favorito?

¡Gracias!

Osmary Morales